

parecia disfrutar de su posicion, dió tres vueltas por el aire, en cada una de las cuales tardaba como dos minutos. Concluido este viage aerostático le bajaron, y desatadas las cuerdas del extremo de la palanca, se dirigió á la pagoda acompañado como antes por los tamboriles y gaitas. Quitáronle entonces los ganchos, y se mezcló con la multitud para acompañar con ella á su sucesor hasta la plataforma, exactamente como si el no hubiera sufrido pocos momentos antes una operacion, que digan lo que quieran, debe ser muy dolorosa.

Permaneci en aquel sitio como una hora, durante cuyo tiempo cuatro hombres mas fueron enganchados, colgados y paseados como queda dicho, sin que ninguno de ellos hiciese la menor indicacion de padecimiento. En todo este intervalo no pude descubrir cosa alguna que arguyese impaciencia, sino en una ocasion en que uno de los suspendidos manifestó deseos de que los que hacian girar la palanca anduvieran con alguna mas rapidez; pero sin que por esto diese apariencias de cólera ni dolor.

Cuatro años despues de esto tuve ocasion de presenciar á las inmediaciones de Calacta varias de estas ceremonias y otros tormentos á que se exponen aquellos fanáticos en honor de sus dioses ó para cumplir algun voto insensato.

El efecto que exhibiciones de esta naturaleza en Madrás producen la primera vez en el europeo, es la sorpresa y curiosidad satisfecha, pero cuando vé estas mismas bárbaries repetidas innumerables veces con otras mil excenas igualmente brutales, no puede menos de experimentar melancolia. Si fuera posible suponer que muchos centenares de personas de todas edades, pudiesen estar expuestas á tan crueles martirios por un poder tiránico, esta consideracion seria ciertamente horrible, pero cuando los pueblos ellos mismos no solo apadrinan estos tormentos, sino que se apresuran á solicitar el honor de ser los primeros hechos tajadas, atravesados con hierros hechos ascuas, colgados de agudos ganchos, ó finalmente en el fanatismo de su celo arrojar desde un tablado elevado sobre las puntas de espadas desnudas, el sentimiento de indignacion se convierte en lástima, pues es imposible no sufrir viendo una poblacion asi degradada, debiendo mezclarse con este sentimiento, un fuerte deseo de mejorar la condicion de un pueblo tan abatido en la escala de la humana naturaleza.

LA CARRERA DEL CAMPANARIO.

Las carreras de caballos mas comunes, son las que se verifican en un terreno llano, libre y desembarazado de obstáculos, y en ellas los corredores no van mas que á sobrepujarse en ligereza, pero despues se han inventado otras mas complicadas, donde hay precision de vencer mas dificultades que las que pueden hallarse en un hipodromo. Para esto se ha discurrido levantar de trecho en trecho barreras de tres á cuatro pies de altura, que los corredores han de salvar de un salto antes de llegar al término de la carrera; pero aun las de esta especie, acreditadas ya por gran número de casos desgraciados de mas arriesgadas y penosas que las carreras clásicas de los campos de Marte, no son mas que un juguete en comparacion de las famosas carreras llamadas *del campanario*, que hace pocos años han pasado á Francia del otro lado del estrecho á la par de otras modas inglesas, y que han ido á poner en grave peligro de Magullamiento á los pobres huesos de ginetes y caballos franceses.

La carrera *del campanario* consiste, como su nombre lo indica, en lanzarse á campo atravesa, y sin pararse en barras, por montes y por valles, dirigiéndose via recta á vista de campanario hácia un objeto colocado á algunas millas del punto de partida. El hallar un terreno que pueda servir de liza y llenar los deseos de este linaje de corredores no es tan fácil como parece, porque son pocos los que se le figuran bastante buenos, ó hablando en nuestro idioma vulgar, bastante malos. Una tierra dura, una senda abierta, llanuras iguales y despejadas, son gravísimos inconvenientes que les hacen mirar aquel terreno como poco á propósito para su objeto; al paso que si hay valles con cuevas muy pendientes, ribazos escarpados, anchos y profundos barrancos, setos y vallados llenos de zarzas y maleza, tierras blandas en donde los pies se escurren ó se hundén, entonces todo va á pedir de boca. Si casualmente se encuentra un arroyo en medio del campo, es una fortuna inestimable; si se atraviesa una tapia, tanto mejor; y si á tan dichosas circunstancias se reúnen unas cuantas varas de terreno pantanoso, ¡virgen del tremedal! ya no hay mas que pedir, manos á la obra y ponerse á ello. Sin embargo, como es difícil que por muy acomodado que sea el terreno y lleno de tales preciosidades, no tenga

tambien por desgracia algunos de los inconvenientes arriba mencionados, como un camino llano, un puente que facilita el paso de rio, un portillo en los cercados y en las tapias, etc.; las leyes establecidas para la carrera han provisto al remedio de tales gravísimos defectos; y por eso está formalmente prohibido andar mas de cierto espacio por dentro del camino, servirse de los puentes, y aprovecharse de las entradas de cercas ó paredes; para lo cual se fijan de trecho en trecho ciertos guiones que indican la direccion que se ha de tomar. Arreglados asi y dispuestos todos los preliminares, se da la señal, y diez ó doce ginetes con elegantes trages de montar, se precipitan y desaparecen como un relámpago.

Si el ver partir á la cuadrilla de corredores *de campanario* es un espectáculo vistoso, no es menos curioso y divertido el verla llegar. La cuarta parte apenas de los corredores son los que llegan al término, y esos llenos de espuma y de sudor, cubiertos de lodo y polvo y en el desorden mas pintoresco; los demas quedan desparramados acá y allá en el camino. Por aquí llega paso entre paso, con el caballo de la brida, un ginete cuya triste aventura viene escrita en las manchas y desgarrones del vestido; por allá se ven postrados, uno junto á otro, caballo y caballero en lo mas hondo de un barranco, ó al pie de un paredón, aguardando que la pública compasion venga en su ayuda. Por aquella parte, ginete y cavalgadura se ven metidos hasta las trencas chapuzándose en algun lodazal, y se entablan apuestas sobre si saldrán ó no saldrán de aquel pantano; por otro se ven luchando obstinadamente al borde de un precipicio ó delante de un seto, el ginete empeñado en saltar á todo trance, y el caballo resistiendo hacer semejante disparate; por último vienen á encontrarse el animal y su dueño donde seguramente nadie pensaria en buscarlos.

En una de estas carreras celebradas en la inmediaciones de París, llegando un caballo al pie de una tapia dió un brinco para salvarla; pero aunque lanzó al otro lado la parte anterior de su cuerpo, vinole á faltar la fuerza y el empuje á la mitad del camino, y cayó sobre la pared antes de concluir el salto, de suerte que se quedó en lo alto atravesado y en equilibrio con dos patas á un lado y dos á otro, y sin que el ginete supiera que partido tomar en un caso que no han previsto las leyes recopiladas de la equitacion.

No acabariamos nunca si quisieramos referir todos los episodios grotescos, todos los lances caprichosos que suelen verse en las tales carreras *de campanario*; pero nos contentaremos con hablar de una donosa excena que ha servido de asunto al gracioso pincel de un pintor francés. Al pie de una pared alta se ven reunidos unos aldeanos que habian ido á comer al campo, pero justamente la tal pared es parte integrante del camino señalado á una carrera de caballos. Cuando mas enfrascados se hallaban los convidados en su comida y sabrosa conversacion, un hombre y un caballo aparecen sobre sus cabezas como llovidos del cielo, no sin asombro de los concurrentes que no estaban preparados para semejante visita. El pintor ha escogido para su cuadro aquel preciso momento en que los aldeanos que ni siquiera sospechaban que tales carreras de caballos hubiese en el mundo, se ven venir encima aquella espantosa vision.

Con todo eso y en medio de tan desventuradas aventuras, añadiremos en honor de la justicia que hay caballos y ginetes muy diestros en salvar estos obstáculos al parecer invencibles con una soltura y habilidad solo comparables á las fabulosas empresas de los centauros. Los caballos adiestrados en Inglaterra á la caza de zorras, y acostumbrados por tanto á las dificultades del terreno, son especialmente á propósito para las carreras *de campanario*; saltan los vallados, las tapias, los fosos con el vigor y agilidad que un ciervo, y cuando estan bien enseñados, lo mismo es para ellos una travesia llena de precipicios y tropiezos, que el camino real mas espacioso.

Terremotos.

Este fenómeno parece indicar con certeza la accion de fluidos elásticos que buscan una salida al aire libre. En las costas del Oceano meridional, el sacudimiento se comunica cuasi instantáneamente desde Chile al golfo de Guayaquil en un espacio de 2,070 millas (algo mas de 591 leguas). Las oscilaciones son tambien mayores en los puntos distantes de volcanes activos, y un país es mas ó menos agitado en proporcion al mayor ó menor número de pozos ó aberturas por las cuales comuniquen con el aire libre las cavidades subterráneas.

Amor paternal.

Un mensajero de Luis XIV se presentó en casa de Racine,